

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Me presentaré. Soy una historiadora de las ideas políticas que ha impartido clases durante treinta años en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Hace unos años me propusieron editar la correspondencia de Tocqueville con Arthur de Gobineau, el supuesto padre del racismo. Me intrigó que un reconocido liberal como Tocqueville pudiera ser amigo cercano de Gobineau y que le nombrara jefe de gabinete en su etapa de ministro. Acepté la propuesta y, al repasar la bibliografía última, comprobé que la imagen de Tocqueville había dado un vuelco. De ser admirado como el gran defensor de la libertad, de la democracia estadounidense y de la abolición de la esclavitud, los estudios más recientes le describían como un nacionalista, un colonialista cercano al racismo y un imperialista sin escrúpulos<sup>2</sup>. Un viraje brutal. ¿La causa? Sus escritos argelinos, que durante mucho tiempo habían permanecido en la sombra, habían salido a la luz y amenazaban con arruinar la reputación de un escritor unánimemente valorado.

¿Cómo era posible que el autor de *La Democracia en América*, el crítico de la desigualdad racial, el escritor que denunció el exterminio de los indios norteamericanos, el incansable diputado abolicionista, apoyara a la vez la colonización y la guerra total en Argelia, las razias contra la población civil, la quema de cosechas, la detención de civiles y, lo que es aún peor, que no denunciara las muertes de centenares de hombres, mujeres y niños refugiados en cuevas a las que el ejército francés prendió fuego? Era un reto imposible de eludir, así que me puse a investigar para tratar de encontrar respuesta a tal contradicción. El resultado es este libro en el que doy mi opinión sobre las graves acusaciones que se le achacan.

En metodología, me considero deudora del análisis contextual que otorga a la disciplina una perspectiva amplia y que me permite enfocar a Tocqueville y sus escritos a la luz del pensamiento de sus contemporáneos

y de su contexto histórico. Una de las reglas de las que parto es que no se puede juzgar a un autor desde nuestra perspectiva del siglo XXI ni desde nuestros valores actuales. Es puro ahistoricismo, un error que a mi juicio se sigue cometiendo. Para entender el pensamiento de Tocqueville –como el de cualquier otro autor– hay que situarlo en su época, a la luz de los valores, los problemas y las soluciones que comparte (o no) con sus coetáneos. Solo así se apreciará en qué se diferencia de ellos, de qué tradiciones se nutre y qué aportaciones originales se le pueden atribuir.

Ahora, para comenzar, dos palabras sobre el telón de fondo en el que se mueve nuestro autor. La Francia de Tocqueville abarca desde los últimos estertores del régimen de Napoleón Bonaparte en 1815 y la restauración de la monarquía de Luis XVIII de la mano de Fouché, el antiguo regicida, hasta las revoluciones de 1830 y 1848, que instauraron respectivamente la monarquía de Luis Felipe de Orleans y la Segunda República, y más tarde la proclamación del Segundo Imperio con Napoleón III en 1852. Entre sus contemporáneos destacan, además de Bonaparte y los últimos Borbones, Luis XVIII y Carlos X, sus mayores, Luis Felipe de Orleans, el «rey burgués», que había pertenecido al club de los jacobinos y era hijo de Felipe «Égalité», el primo de Luis XVI que votó a favor de su ejecución. Tocqueville le juró fidelidad para disgusto de su familia, que le tachó de tráfuga<sup>3</sup>, y colaboró desde la oposición con un régimen que aborrecía por la corrupción fomentada por sus hombres fuertes, François Guizot y Adolphe Thiers, y por su ceguera política al no percibir el amanecer de la lucha de clases entre burguesía y proletariado<sup>4</sup> y las emergentes y poderosas corrientes socialistas.

Del mundillo parisino de agitadores, excarbonarios, miembros de sociedades secretas y sectas socialistas y comunistas, atravesado por permanentes conflictos y rencillas, emergen figuras como Marx, expulsado de Francia en 1844 por orden de Guizot, Blanqui, el eterno conspirador que pasó media vida en las cárceles francesas y que Tocqueville retrata sin piedad<sup>5</sup>, Louis Blanc, cuya reivindicación del derecho al trabajo Tocqueville incluyó en su anteproyecto de constitución<sup>6</sup>, Proudhon, Lamennais, Pierre Leroux, Cabet, y sansimonianos como Prosper Enfantin e Ismaÿl Urbain y fourieristas como Victor Considerant, con los que tuvo contactos más o menos estrechos.

También tuvo relación con la «izquierda dinástica» de Odilon Barrot, un liberal reformista que apoyaba una monarquía constitucional<sup>7</sup> y cuyo

grupo trató sin mucho éxito de encarrilar, y se codeó con legitimistas como el escritor romántico Chateaubriand<sup>8</sup>, su pariente, y con republicanos moderados como el poeta Alphonse de Lamartine o radicales como Alexandre Ledru-Rollin, promotor de la campaña de los banquetes que acabó con la monarquía orleanista e instauró la república que le nombraría Ministro de Interior en el gobierno provisional. Y tendrá ocasión de conocer de cerca durante su etapa de ministro a Luis Napoleón, el presidente de la II República.

El 2 de marzo de 1839, tras una primera tentativa fallida dos años antes, Tocqueville es elegido diputado por Valognes (en la baja Normandía, no lejos de la propiedad de su familia) por un amplio margen –trescientos diecisiete votos contra doscientos cuarenta y uno– contra un candidato apoyado bajo cuerda por el gobierno<sup>9</sup>. Una victoria «grande y honrosa» porque no recurrió a intrigas ni componendas, había rechazado el apoyo del gobierno, no se había aliado con la oposición y había logrado desembarazarse del sambenito de legitimista que le perseguía<sup>10</sup>. Se había presentado como un diputado independiente que se ubicaba en la izquierda. En una carta a su amigo Francisque de Corcelle, con el que tratará más tarde de fundar un partido político liberal<sup>11</sup>, escribe: «[Izquierda] es esta palabra la que querría ligar a mi nombre y que quedase adherida a él hasta la eternidad»<sup>12</sup>.

Podría haberse unido al centro izquierda de Adolphe Thiers, pero despreciaba profundamente sus maniobras y sus complots. Además, dada la personalidad de Thiers, hubiera permanecido siempre en la sombra, como actor secundario<sup>13</sup>. Por otro lado, no se identificaba para nada con el partido conservador de François Guizot, que se oponía cerrilmente a ampliar el sufragio censitario y gobernaba gracias a la corrupción, aunque su líder fuera personalmente incorruptible. Su lema de «enriqueceos» dirigido a la burguesía –apócrifo o no– debía despertar náuseas en Tocqueville. En cuanto a los legitimistas, con su añoranza del pasado, no le atraían lo más mínimo y sentía una invencible desconfianza hacia Alphonse de Lamartine<sup>14</sup>, a pesar de su común liberalismo y de sus orígenes aristocráticos. Así que mantuvo su independencia como diputado, apoyando tan solo las propuestas que cuadraban con sus convicciones ideológicas, aunque terminó por admitir que si quería influir en la vida política debía contar con un partido<sup>15</sup>.

En la Cámara, Tocqueville y unos cuantos amigos formaban un grupo de inconformistas en el seno de la izquierda que, antes incluso de que pensar en organizarse, fueron llamados *Jeune Gauche*<sup>16</sup>. A finales de 1846 o comienzos de 1847, el grupo integrado entre otros por Francisque de Corcelle, un ex-carbonario convertido en ferviente católico<sup>17</sup>, se constituyó como asociación política de tendencia liberal. La *Jeune Gauche*, alejada tanto de la izquierda de Thiers como del partido conservador de François Guizot y de los legitimistas, se preciaba de estar constituida por gente honesta que quería acabar con la corrupción<sup>18</sup>. En 1847, Tocqueville redactó para el grupo un programa político de grandes reformas sociales y económicas<sup>19</sup>, con el que pretendía mejorar la situación material e intelectual de las clases trabajadoras<sup>20</sup>.

En 1848, Tocqueville vive en primera línea la proclamación de la II República. Monárquico de ideas republicanas, es elegido diputado como independiente para la Asamblea Constituyente y forma parte de la comisión encargada de redactar la nueva constitución. Trata de encauzar la naciente república, pero sus propuestas no convencen y pocos le siguen, tal vez porque era un político demasiado frío y racional, demasiado abstracto y lúcido, y un mal orador<sup>21</sup>. Un mes antes del estallido de la revolución de 1848, había pronunciado un premonitorio discurso ante la Cámara de los Diputados alertando de que el suelo temblaba de nuevo bajo los pies de Europa y de que un «viento de revoluciones» se aproximaba. Y advertía así de la inminencia de una revolución social:

¿No escucháis lo que dicen todos los días [se refiere a las clases trabajadoras]? ¿No oís que repiten constantemente que quienes están por encima de ellas son incapaces e indignos de gobernarlas; que el reparto de los bienes existentes en el mundo es injusto y que la propiedad se fundamenta sobre bases que no son equitativas? ¿Y no creéis que cuando tales opiniones echan raíces, cuando se propagan de manera casi general, cuando descenden profundamente hasta las masas, traerán antes o después, no sé cuándo ni cómo, pero sé que tarde o temprano provocarán las más temibles revoluciones? (...) Esta es, caballeros, mi profunda convicción; creo que estamos dormidos encima de un volcán. (Murmullos). Estoy profundamente convencido<sup>22</sup>.

Tocqueville llegará a la cumbre al ser nombrado Ministro de Asuntos Exteriores por el presidente de la República Luis Napoleón, pero dura apenas cinco meses en el cargo, desde el 2 de junio al 31 de octubre de 1849, fecha en la que el gobierno Barrot en pleno fue sustituido por no haber «mantenido suficientemente el orden dentro y la dignidad de Francia fuera»<sup>23</sup>. La causa de la caída del gabinete fue el conflicto con Roma<sup>24</sup>, que acrecentó las desavenencias entre Luis Napoleón y Tocqueville<sup>25</sup>. Este era consciente de que su paso por el ministerio había sido un fracaso y de que había sido engañado por la corte vaticana, pero desde agosto Luis Napoleón venía tramando un golpe de estado<sup>26</sup> y aprovechó la ocasión para nombrar un gobierno de bonapartistas incondicionales<sup>27</sup>. Cuando se produjo el *coup*, Tocqueville abandonó la política. A diferencia de su hermano Édouard, rechazó participar en las siguientes elecciones legislativas, y dimitió también de la presidencia del *Conseil Général de la Manche* para el que había sido reelegido el 25 de marzo, y no se presentó a las elecciones cantonales posteriores del 31 de julio y el 1 de agosto<sup>28</sup>.

Ante la repulsión que le inspira el nuevo régimen, Tocqueville deja de leer los periódicos, de frecuentar los salones y se refugia en su casa y en la Biblioteca Nacional. Para olvidar los acontecimientos políticos, se centra muy rápidamente –quince días después del 2 de diciembre– en la tarea de escribir un nuevo libro. En junio de 1852 deja París y se marcha a su propiedad de Normandía para encontrar la quietud que precisa para su trabajo intelectual. Entre julio y septiembre escribe dos capítulos de la obra que empieza a tomar cuerpo, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, que tratan del final del Directorio y del golpe de estado del 18 Brumario. Comienza entonces una etapa que califica de «vida de benedictino», dulce, monótona y dedicada al estudio<sup>29</sup>. Desde el 1 de junio de 1853 hasta finales de abril de 1854 se retira a la casa de Saint-Cyr-sur-Loire que le ha buscado su amigo Beaumont. Allí vive en una especie de «cámara acorazada», alejado de la actualidad política, leyendo tan solo algún periódico inglés o alemán cuyas noticias sobre el recorte de libertades en Francia le afectan profundamente<sup>30</sup>.

Su correspondencia muestra una profunda desolación, aunque, en palabras de Lucien Jaume, se niegue a caer en la desesperanza<sup>31</sup>. A Victor Lanjuinais, que había sido Ministro de Agricultura y Comercio en el mismo gabinete que él, le escribe el 18 de abril de 1852 que el único

camino es «permanecer absolutamente ajeno a la política y buscar en otro sitio alimento para la actividad de nuestra mente»<sup>32</sup>. Su amargura le provoca, en palabras de su biógrafo André Jardin, un dolor del alma a veces sordo y a veces lacerante, del que solo escapa a través del trabajo<sup>33</sup>. A su amigo Alexandre Freslon le escribe el 9 de junio de 1853 en relación con la redacción de *El Antiguo Régimen y la Revolución*: «Así escapo de mis pensamientos, que son perjudiciales para mí. Pero, a pesar de todos mis trabajos, no puedo evitar incluso en medio de mis ocupaciones, oír los sonidos del mundo exterior. Puedo llegar a estar tranquilo, pero no contento. Comprendo que es inútil esperar nada y que tengo que conformarme»<sup>34</sup>.

Su amargura no está exenta de un cierto resentimiento contra los que vitorean al Segundo Imperio, sea el clero o los antiguos legitimistas como su hermano Edouard. Ni las disculpas por su detención el 2 de diciembre de 1851 que le transmite su amigo Narcisse Vieillard<sup>35</sup> en nombre de Napoleón III, ni los tanteos de este para ofrecerle nuevamente el Ministerio de Asuntos Exteriores, aplacan su pesar. Se sentía, en palabras de André Jardin<sup>36</sup>, como un «exiliado en su propio país», como los judíos de la Edad Media reclusos en guetos «que tenían necesidad de vivir juntos para volver a encontrar una patria»<sup>37</sup>.

Hace más de medio siglo, el profesor y académico Luis Díez del Corral, un entusiasta de Tocqueville, le definía en su «Discurso de ingreso a la Academia de Ciencias Morales y Políticas» como un «alma supersensible, desasosegada por el sentimiento de la responsabilidad, de la perfección inasequible y la desesperanza»<sup>38</sup>. Y el propio Tocqueville confesaba en 1843 a Royer-Collard: «Señor, no me reproche Vd. demasiado esta tristeza improductiva, porque Vd. ha contribuido más que nadie a generarla. Sus sombrías perspectivas acerca de este país me han causado una impresión profunda»<sup>39</sup>. Y, en carta del 26 de febrero de 1857 a su amiga Sophie de Swetchine, le hablaba del poso de melancolía y descontento que anidaba en su alma, del malestar interior del que nunca se había podido curar y de la tristeza de vivir en un mundo y en un tiempo que no se correspondían con su ideal. Reconocía finalmente que el problema de la existencia humana le agobiaba sin cesar<sup>40</sup>. Y año y medio antes de morir, en carta del 20 de noviembre de 1857, reprochaba a su gran amigo Gustave de Beaumont que le hablara a él de tristeza, y le confesaba su incurable desasosiego y el pesar de envejecer con tan solo

una persona que le vinculaba a la vida, del miedo a perderla y de que el mundo dejara de interesarle<sup>41</sup>.

¿Estaba poseído Tocqueville por un «agonismo político» –son palabras de Díez del Corral<sup>42</sup>– que le hacía percibir el mundo en tonos oscuros, como le reprochaban sus amigos? Una propensión melancólica con matices románticos, al decir de Carl Schmitt<sup>43</sup>, acrecentada por todo tipo de derrotas –como aristócrata, como liberal, como francés e incluso como europeo–, derrotas no solo provocadas por un desgraciado azar, sino por su propio destino, por su propia naturaleza y existencia. Ya Guizot, a cuyos cursos en la Sorbona había asistido en 1829-1830<sup>44</sup>, le calificó de «vencido persuadido de la verdad del vencedor» y el propio Tocqueville aceptaba este hecho en todo su alcance histórico<sup>45</sup>. Y el filósofo Hayden White le describió más tarde como un historiador trágico<sup>46</sup>. La etiqueta de trágico parecería inadecuada aplicada a un autor que, en su famosa introducción a *La Democracia en América*, vaticina la progresiva extensión de la igualdad por el mundo, un hecho que parece tener los rasgos de un decreto divino<sup>47</sup>. Pero, a pesar de ese optimista pronóstico, el resto del libro lo desmiente, en especial el capítulo sobre las tres razas y todo el volumen II, que anticipa la aparición de un nuevo despotismo –el de la mayoría– al que los ciudadanos se someterían voluntariamente.

Puede que Tocqueville se sintiera «al borde del abismo», pero aun así no se dejaba arrastrar por el vértigo como su amigo Gobineau, uno de los más grandes pesimistas del siglo XIX. La correspondencia que mantuvo con él, «uno de los hitos en el género epistolar de la centuria», nos revela cómo, incluso en los momentos de mayor desánimo, «un espontáneo freno interior le impedía deslizarse con delectación romántica por la pendiente fatal»<sup>48</sup>. En los últimos años de su vida, Tocqueville supo encontrar la paz en su retiro campestre, en la naturaleza y en esa comunidad de afines de reminiscencias epicúreas constituida por su mujer, Mary Mottley, y un puñado de amigos<sup>49</sup>. La tuberculosis que venía arrastrando desde hacía mucho tiempo empeoró en 1850. Las largas estancias en el campo –en Touraine y Normandía– no pudieron mejorar su salud y ni siquiera el clima más seco y suave del sur. Murió en Cannes el 16 de abril de 1859<sup>50</sup>.

¿Fue Tocqueville un demócrata convencido, o más bien un aristócrata que, a diferencia de su amigo Gobineau, asumía la derrota de su clase? Es una pregunta que se hizo el historiador Harold Laski<sup>51</sup>, quien aludía al des-

garro entre su razón, que aceptaba la democracia<sup>52</sup>, y su corazón, que nunca se libró por completo de los prejuicios nobiliarios familiares<sup>53</sup>. Alexis de Tocqueville pertenecía a un mundo aristocrático –era bisnieto de Malesherbes, el presidente de la Academia de las Ciencias que apoyó *l'Encyclopédie* de Diderot, defendió a Luis XVI ante la Convención y fue guillotinado– y a una familia legitimista, pero sus convicciones estaban más próximas a la democracia –se negó a utilizar su título de conde<sup>54</sup>– y su sueño era una democracia liberal respetuosa con la libertad.

¿Se le puede etiquetar de hombre de izquierdas? Desde luego no de una izquierda socialista ni comunista, sino de una izquierda «inclasificable», en palabras de Michel Onfray<sup>55</sup>. Onfray alega la sensibilidad social que mostró en sus informes sobre las prisiones, sobre el abandono de los niños, la pobreza, la esclavitud y el racismo. Pero Tocqueville prefirió definirse a sí mismo, en carta a su primo Louis de Kergorlay<sup>56</sup>, como un hombre sin tradiciones, sin partido, y sin más causa que la defensa de la dignidad humana y de la libertad, que fue su «idée-mère»<sup>57</sup>, el eje de su pensamiento.

El retrato a carboncillo que le hizo el pintor Théodore Chassériau en 1844, y que se convirtió en retrato oficial en 1850, nos muestra a un ministro de entre 40 y 50 años embutido en una severa levita, de apariencia sorprendentemente joven, de inmensos ojos negros y penetrantes, mirada de miope, pelo oscuro y rizado y expresión tímida y melancólica, una mirada de adolescente reflexivo, antítesis de las ínfulas de los políticos que han alcanzado la cima<sup>58</sup>. Pequeño y delgado, frágil y enfermizo, su cuerpo se rebela a someterse a las exigencias de su voluntad y cae enfermo con frecuencia, en particular durante sus viajes por Norteamérica y Argelia. Tocqueville era un ciclotímico que pasaba de la exaltación al abatimiento y a la depresión, con súbitos enojos y etapas de entusiasmo y hasta de euforia<sup>59</sup>. Pero también un hombre íntegro al que no le impulsaban intereses partidistas, ni el ansia de poder ni el afán de riquezas, sino convicciones ideológicas<sup>60</sup>. Una auténtica rareza ayer y hoy. Ese idealista cargado de realismo, a quien le dolía Francia, estaba convencido de que era tarea de su país difundir la libertad por el mundo y consideraba su deber contribuir a ello.

Aunque me situó en el bando de los estudiosos empáticos con Tocqueville –justo es reconocerlo para no engañar al lector– este libro no es una hagiografía y, me caiga o no simpático el personaje, mi objetivo no es defender su reputación. Nada de eso. No tengo intención de ocultar sus